

NUEVOS GÉNEROS SUPREMOS DE LA ENMIENDA A LA TEORÍA DE LAS IDEAS EN PLATÓN

JORGE FRANCISCO AGUIRRE SALA*

Resumen

La ontología está para explicarnos al mundo y no precisamente para deducirlo desde un lugar que *a priori* no tendríamos por qué entender. Por ello queremos reparar en la Ontología de los Géneros Supremos del Platón tardío, pues ésta nos ofrece el modo de abordar el mundo con menos extravío.

El pasaje 16-17 del *Filebo* nos muestra al sabio con la capacidad de conocer en dos sentidos: de lo general a lo particular y viceversa. Nosotros optamos por pasar de lo particular a lo general porque creemos que la tarea de la ontología es fundar lo particular, iniciando nuestra indagación “desde” lo particular, en lo general, así no correremos el riesgo de perdernos en una respuesta que olvidó la pregunta: ¿qué son las cosas por ser precisamente cosas?, ¿cuál es la verdadera realidad de lo real?, ¿cuál es el constitutivo característico de lo real?, ¿en qué consiste el mundo?.

Como es sabido, Platón hace aparecer una Teoría que pudiera dar cuenta y razón del mundo. Dicha Teoría constituyó uno de sus logros más populares: la Teoría de las Ideas. Pero esta Teoría presenta problemas entre los vínculos que poseen las cosas, las ideas a ellas referidas y sus nombres. No es desconocido el cúmulo de objeciones que la filosofía contemporánea a Platón opuso a esta Teoría.

La Teoría de las Ideas poseía problemas de organización, clasificación y jerarquización, que llevaban a dificultades de implicación, pertinencia e invasión entre ideas. De ahí se siguió la necesidad de la ontología platónica tardía: la ontología de los géneros supremos.

Pretendemos pasar lista al inventario oficial de los géneros, como respuesta a las preguntas anotadas arriba y como solución a los problemas enumerados. Esto, en orden de su génesis, según la cronología más común de los diálogos y, a su vez, hacer referencia a los asuntos que involucran. Después vendrá nuestro aporte: sumar a la lista de los Géneros Supremos cinco nuevas instancias que cumplen con las condiciones para ingresar a

* Investigador en la Universidad de Monterrey (joaguirre@udem.edu.mx)

dicho grupo. Si nos alcanzan las capacidades terminaremos indicando algunas de las consecuencias éticas que demanda dicha ontología.

Teoría de las Ideas

La tercera y cuarta pruebas fedonianas (79e y 107a, respectivamente) de la inmortalidad del alma implican las siguientes afirmaciones: las ideas son simples, uniformes, inmutables, invisibles, indisolubles y, si se nos permite la expresión, también inmortales.

En el *Cratilo* las ideas son descritas (440b) perteneciendo a un mundo suprasensible, permanentes e idénticas a sí mismas, puesto que siempre se hallarán en el mismo estado.

Algo parecido encontramos en *Timeo* (35a) cuando se describe la cosmogénesis a partir de lo indivisible y lo divisible. Lo engendrado -las cosas- surge en lo divisible por mezcla, maridaje, con las ideas.

El *Fedro*, por su parte, lo explica de manera similar, y en la misma tónica, el *Fedón* considera que el alma es principio de movimiento de sí misma, y por tanto, ingénita e inmortal (245c-e).

Las ideas, entonces, en tanto que representan esencias permanentes y eternas, también poseen simplicidad y unidad. Estos son los atributos que denominaremos ideales o parmenídeos, a diferencia de la multiplicidad de las cosas.

Platón establece en los diálogos mencionados la correspondencia simétrica entre multiplicidad-sensibilidad-mundanía con unidad-intelectualidad-arquetipeidad. Y resulta en esta correspondencia que existe una relación de mutua proporcionalidad, como lo afirma en *República* (507b). De tal manera que existe una relación de uno a uno, entre cada cosa de un tipo en este mundo y su respectivo arquetipo o idea que explica y funda a todas las cosas de esa clase. La Teoría de las Ideas, podríamos decir, conforma una representación epistemológica y ontológica pictórico-inteligible del mundo, pues además las ideas inspiran en igual relación, uno a uno, a cada nombre con el que se denominan a los casos de la clase a la que se hace referencia.

La inmutabilidad, eternidad, simplicidad, etc. de las ideas garantizan el proyecto platónico de la posibilidad de la ciencia, y con ella la inmortalidad del alma y la ética. En la Teoría de las Ideas hay demasiado puesto, por ello es importante que Platón no fracase. Y para evitar descabros deberá

responder a una serie de demandas, las cuales –no siempre pertinentes- es menester satisfacer.

Los problemas en la Teoría de las Ideas

Esta Teoría presenta serias dificultades, como por ejemplo ¿cómo es posible que la idea, una y simple, se multiplique y haga presente en una diversidad de sensibles?.

Muchas de las dificultades fueron planteadas por el propio Platón. En *Parménides* “...ninguna de las Formas es conocida por nosotros, dado que no participamos de la ciencia en sí” (134b).

Las ideas tienen dificultades si son unas, permanentes y eternas y también tienen dificultades si no son sólo unas cada una por cada cosa.

Si las ideas fueran inmóviles (característica que hemos denominado parmenídea o ideal) incurriríamos en una serie de paradojas, como por ejemplo: el arquetipo de movilidad resultaría inmóvil, el de vitalidad sería muerto, la temporalidad quedaría fuera de toda cronología, la muerte sería inmortal, la complejidad sería simple y lo múltiple en sí necesariamente sería uno¹. Pero si las ideas fueran móviles no podrían resultar objetos de conocimiento.

De ahí que las ideas se obliguen a ser unas realidades híbridas de movimiento e inmovilidad, de no ser y de ser. Por tanto, no son ni absolutamente permanentes, ni resultan exclusivamente unas. La dimensión de las ideas y cada una de ellas en sí misma se encuentra traspasada por la pluralidad. Pero esta estipulación es inaceptable para la Teoría de las Ideas tal y como fue formulada en los diálogos.

¿Qué y cuántos nombres es lícito que reciba una idea si sólo es una? O si en ella existe la pluralidad, ¿es legítimo poder referirse a una idea con varias denominaciones?

Los problemas se van multiplicando al afirmar la existencia de las ideas, pues según la Teoría original, debe existir una idea que corresponda a cada noción y a cada término general. Y de igual manera, si la idea como totalidad está presente en cada cosa de su clase, entonces la idea se halla separada de sí misma, por encontrarse totalmente presente. Para no estar

¹ Otras paradojas curiosas las ha señalado Gómez-Lobo, A., en “Autopredicación”, en *Platón: los diálogos tardíos. Actas del Symposium Platonicum 1986*, UNAM, 1987.

separada de sí, sólo una parte de sí debería estar en cada una de las cosas de su clase y, así, cada cosa no pertenecería a la clase que corresponde.

Estos son los problemas de la vinculación entre ideas, cosas y nombres, que no quedan resueltos con la noción de participación, pues ésta más bien plantea el problema en lugar de resolverlo.

Por otra parte, la relación entre idea y cosa exige la presencia de la naturaleza de la propia idea en cada cosa y en la idea misma, es decir, la esencia sobre la que versa el arquetipo está tanto en las cosas como en sus respectivas ideas. Para saber esto y poder reconocer a una cosa dentro de su respectiva clase, nos vemos obligados a considerar la existencia de una instancia superior. En dicha instancia debemos encontrar la cualidad esencial atribuida a las cosas, y también a su correspondiente idea, pues ambas realidades (cosas e idea) en conjunto pertenecen a lo que se predica. Esta situación dispara al infinito las instancias predicativas, abarcativas y explicativas. Se le conoce como el problema del “tercer hombre”, el cual – en parte- genera el conflicto de la “autopredicación”.

Así, en el mundo de las ideas hay pluralidad y ésta es doble: cuando de una idea se predica algo más que ella misma y cuando de las cosas que le corresponden se atribuyen otras ideas.

Pero además del ámbito entre ideas y sus vínculos con las cosas existen los casos de ideas de lo semejante, lo igual (*Fedón* 75c) y añadimos lo diferente. Situación que abre la necesidad de algunas ideas que no tienen una correspondencia de uno a uno con las cosas y, sin embargo, incluyen a varias cosas e inclusive ideas dentro de su capacidad atributiva. V.gr.: la necesidad de tener una Idea de la identidad es perfilada en *República* 525a cuando se busca la inteligibilidad. La idea de “identidad” es una idea que habrá que aplicarse a las cosas, a las ideas y también a sí misma.

Cuando el *Timeo* nos dice que el mundo es un compuesto de corpóreo y el reflejo en lo corpóreo de las ideas, tenemos a éstas todavía como modelo uno a uno de las cosas, pero también sujetas a la interacción con la *jóra*. Dicha interacción representa la insuficiencia del mundo inteligible y una fractura de la Teoría de las Ideas como instancia última y fundadora del mundo.

Otro problema es: ¿la cosa tiende hacia la unidad de una idea o hacia la diversidad de las ideas que componen su naturaleza? Para explicar esta pregunta podemos insistir: ¿cuándo una realidad es comprendida?, ¿acaso no lo es en un sinnúmero de ideas? El perro, tratando de cumplir su propia *areté* no sólo es comprendido en su tendencia hacia la perreidad o perrez,

sino también al arquetipo de cuerpo, de masa, de espacio en sí donde se incluye la idea de perro; a la vez hacia la idea de mamífero, de vertebrado, de sensible, etc.

Otros problemas de la Teoría de las Ideas son las confusiones entre jerarquía e invasión. Por ejemplo, respecto a la idea del Bien las demás ideas están jerarquizadas a ella y ella se encuentra presente en las demás. También hay confusión en la idea de número, tan cara a Platón, pues los números presentan dificultades como cuando las ideas del dos, del cuatro, del seis, etc., no sólo están incluidas en la idea de número, sino que entre ellas y ésta se encuentra la idea de paridad. Además, las mismas ideas de los números hacen referencia a realidades distintas de sí, como cuando hablamos de dos árboles o dos aves, etc. pues ambos conjuntos se hallan en el dos, en la unidad de lo par y también fuera de los números, pues ni árbol, ni ave, en tanto cosas o ideas, están vinculados esencialmente al dos. ¿Cómo hallar, comprender y visualizar las diversas implicaciones de una idea con las demás, cuando aquella originalmente correspondía sólo a una cosa, si existen tantas redes establecidas entre ideas y cosas, y entre las ideas mismas?

Para hacer ver las dificultades que posee la Teoría de las Ideas podemos acudir a las dificultades propias del ejemplarismo divino con que Platón culmina su consideración en el pasaje 716 c de *Las Leyes*. ¿Si Dios posee las ideas, entonces las ideas son móviles o inmóviles?. Si la Teoría de las Ideas las considera con los atributos parmenídeos del ser, entonces ¿cómo crea Dios las ideas o cómo logra que se participen? Si las ideas tienen dichos atributos, ¿Dios las piensa sin acción alguna sobre ellas? Cuando Dios considera las ideas ¿No las altera absolutamente en nada? Por otra parte, si Dios se distingue perfectamente de las ideas, ¿podemos plantear, además la idea de Dios? Si existe la inteligibilidad sobre Dios y, por ende, existe la idea de Dios ¿se encuentra el arquetipo de Dios por encima de Dios porque lo dota, para nuestro intelecto, de total inteligibilidad? Además, en el contexto del *Timeo*, ¿se necesitará de un demiurgo para participar la idea de Dios a Dios? ¿La idea de Dios radica en Dios mismo o en otra parte desde donde se participa?, pues ¿puede un sujeto –en este caso Dios- poseer en sí mismo la idea de la que participa y lo hace ser? Parecería de todo lo anterior que existen arquetipos por encima de Dios, de manera tal que los Géneros Supremos también se encuentran participantes en Dios, pues Dios participaría del ser, de la diferencia, del movimiento, reposo, semejanza, límite, causa, como resulta en cualquier otra idea o cualquier otra cosa.

Además se plantea la posibilidad de distinguir entre Dios y la idea de lo divino, en cuyo caso Dios sería partícipe de dicha idea. Cuando Dios, o su respectiva idea, son partícipes y participados, a pesar de ser concebidos como perfectos, ¿se mueven?, ¿son afectados? Parece que sí, puesto que el movimiento es uno de los Géneros Supremos. Y sabiendo de la predicación analógica que se utiliza en los Géneros Supremos, entonces podemos preguntar ¿cómo es que Dios se mueve?, ¿cómo es posible que una Idea, y más siendo la de Dios, se mueva? Ahora bien, si la idea de Dios radicara en Dios -según la versión posible del ejemplarismo- y en Dios se hallan las ideas según este ejemplarismo, entonces ¿las demás ideas radican también en la idea de Dios? Si el ejemplarismo es cierto, ¿entonces las ideas son inmóviles? ¿Cuando la humanidad realiza nuevos descubrimientos, las ideas que se hallan en Dios se desvelan como no del todo conocidas y se mueven del haber sido ignoradas por nosotros a la dimensión de haber sido descubiertas? [Este es un tipo de *dynamis* que podemos validar para atribuir movimiento como Género Supremo, siguiendo al *Sofista* (248c)]

Sin embargo, las dificultades al ejemplarismo no terminan aquí, podemos añadir cuestiones sobre la existencia de la “idea de la contradicción”, pues ¿no es acaso este arquetipo el que aplicamos cuando utilizamos una argumentación de *reductio ad absurdum*? Luego, existe la “idea de la contradicción” que nos permite reconocer y hacer referencia sobre las contradicciones concretas. Y por tanto, ¿la “idea de la contradicción” es consistente o inconsistente?, ¿hay coherencia en que la “idea de la contradicción” se contradiga o su coherencia exige que no se contradiga en sí misma?

Parecería que el mundo de las ideas en su duplicidad sobre el mundo de las cosas desata mayores dificultades de las que resuelve. Si las preguntas y paradojas aquí planteadas son efecto de la reduplicación y la autopredicación, entonces ¿también podemos decir que hay una idea de la reduplicación y de la autopredicación? En fin... preguntas como ésta ya rayan en lo repugnante.

Otra de las dificultades a la Teoría de las Ideas la hallamos en *Sofista* 251 b, ¿por qué varios nombres, unidad, perennidad, etc., se atribuyen a un solo ser? Este es un modo de sugerir que lo uno es múltiple y viceversa, que el ser es diferente y que la diferencia existe. ¿Cuál determina a cuál?, ¿cuál es el género que reúne a muchas y diversas ideas?, ¿qué género puede invadir muchas ideas y no ser invadido, conservar su propia unidad? Parecería que la ontología del Platón tardío no puede postular género alguno que

responda a estas preguntas. Del mismo modo que ninguna idea podría hallarse en la cúspide de una escala sin requerir ser invadida.

Queda perfectamente clara la necesidad de una nueva ontología, pues la tradicional muestra la insuficiencia del ser en sí para explicar el mundo y, en consecuencia, es menester la tardía propuesta de una diversidad de Géneros Supremos.

Listado oficial y asuntos referentes a los Géneros Supremos

La Ontología de los Géneros Supremos responde a las críticas anteriores. Establece, para poder dar una respuesta satisfactoria, las siguientes estipulaciones: como teoría general ontológica y epistemológica, debe ser omniabarcante, inclusive de sí misma; debe evitar la división de las ideas y su simultánea presencia en diversas instancias o cosas; también debe evitar el regreso al infinito planteado por la objeción del “tercer hombre”; no debe presentar a las ideas sólo como conceptos mentales universales; y que la explicación del vínculo ideas-cosas no debe quedar reducida a una simple metáfora de “imitación”, es decir, debe considerar a las cosas mucho más que mimesis.

Hemos distinguido con Santas² que existen atributos ideales y atributos propios. Los primeros son aquellos que tienen las ideas en cuanto ideas, mientras que los segundos son los que poseen en razón de la idea específica de que se trata. Así, los atributos ideales se presentan de tipo parmenídeo, y dan a las ideas el fijismo característico con que aparecen en la Teoría de las Ideas.

Por los atributos propios cada idea participa de ella misma, lo cual es coherente en algunos casos, como por ejemplo en la idea de la unidad de las virtudes (el *Protágoras* nos enseñó que la piedad es piadosa y también que la justicia es justa, en 330e y 330c, respectivamente). El problema surge cuando la idea implica contradicción entre los atributos propios y los ideales, pues tenemos la tendencia a pensar que la idea no debe ir contra su misma definición.

² Santas, G., “The Forma of the Good in Plato’s Republic”, en J.P. Anton and A. Preuss (eds.), *Essays in Ancient Greek Philosophy*, Albany, 1983, pp. 232-263.

Para lograr una verdadera constitución ontológica, es decir, una satisfactoria explicación del mundo, proponemos que los Géneros Supremos sean aquellos que puedan combinarse con toda idea, aunque no siempre en igual sentido.

Ahora bien, esto no quiere decir que a través de los Géneros Supremos puedan unirse todas las ideas entre sí, sino sólo significa como deseable que los Géneros Supremos sean predicables de todas las ideas y, consecuentemente, de todas las implicaciones que pertenecen a esas ideas. A pesar, por supuesto, de que los Géneros Supremos de por sí no establecen ningún criterio de jerarquización y no tienen como propósito organizar la red de las ideas entre sí.

Pero podemos añadir algunas otras estipulaciones para considerar a una noción dentro de los Géneros Supremos. Además de las ya indicadas, requerimos que vincule la dimensión sensible con la inteligible, sin importar cuán amplias o cuántas graduaciones tengan cada una de éstas. Es decir, es una condición para constituirse como Género Supremo la generación de la cosa o idea -según sea el caso- hacia su respectiva *ousía*.

Además exigiremos que responda satisfactoriamente como un distintivo de la realidad, se conciba a ésta como cosa y/o idea. Es decir, que podamos afirmar de un Género Supremo que existe en toda realidad.

También un Género Supremo debe presentarse en toda la realidad de cualquier modo. Es decir, que se pueda predicar de cualquier cosa, no sólo como constitutivo ontológico de la cosa, sino como atributo lógico. Y, como se ha sugerido, que los atributos propios (los que se pueden adjetivar de una idea) coincidan con los ideales (los de tipo parmenídeo), de manera que puedan ser predicados entre sí de maneras distintas pero siempre con sentido.

Para G. Santas y A. Gómez Lobo (*op. cit.*), la condición para que una idea pueda ser considerada como un Género Supremo (aunque ellos no utilizan esta denominación, sino la de no hallarse como subalterno en una jerarquía de ideas, es decir, encontrarse proyectado como instancia superior) es que debe poseer un solo atributo propio.

Una idea que posee un atributo propio y logra formar parte del listado de los Géneros Supremos debe pasar la prueba de preservar la verdad en un enunciado donde la idea en cuestión sea sustituida por el sujeto que recibe la predicación. Por ejemplo, si decimos que el jueves es verde, es tan falso como decir que el verde es jueves, pero si decimos que la identidad es lo idéntico es tan verdadero como decir que lo idéntico es la identidad; que la

diferencia es distinta resulta tan verdadero como que la distinción es diferencia.

Hemos señalado la necesidad de hacer coincidir los atributos propios con los ideales, pero no en sentido unívoco, sino en el sentido hermenéutico-analógico. Por ello, la preservación de esa verdad no se da en sentido autopredicativo, sino en sentido atributivo y de la participación de una idea en sí misma, pues no es lo mismo afirmar que la justicia es justa a decir que la justicia es idéntica a la idea de la justicia, en tanto justicia, no en tanto idea.

Así, afirmar que el movimiento está en reposo, ejemplo multicitado del *Sofista*, resultaría falso si tomamos el referente de la idea de movimiento como algo que debe poseer unívocamente su atributo propio. Pero si consideramos un sentido analógico, le podemos dar la atribución de reposo como atributo ideal o parmenideo. Y también podemos decir que el movimiento está en movimiento así como el reposo está en movimiento, en el sentido, no de atributo propio, ni ideal, sino de una predicación analógica, participativa y generativa o limitativa desde las instancias de los Géneros Supremos.

Los Géneros Supremos, entonces, son seleccionados porque sus ideas pueden ser combinadas y predicadas universalmente, de manera que muestran el sentido del ser y también del no ser de las cosas. Por ejemplo, algo (idea o cosa) puede ser x y no x sin contradicción. Pues es x en cuanto participa de la idea x y no es x en cuanto es una realidad diferente de la idea x , sin caer, por ello, en la confusión de equiparar la existencia y la esencia. Por ejemplo, podemos decir que un sujeto es piadoso sin ser la piedad, y aunque la piedad sea idéntica consigo misma, no es la identidad.

Así explicado, el caso clásico del movimiento y del reposo se puede diseccionar diciendo: “el movimiento está en reposo” es un enunciado verdadero y falso. Es verdadero en tanto que el movimiento participa de la idea de movimiento, cuya idea y participación (e identidad consigo misma) se haya en reposo. Pero es falso porque el movimiento, en tanto movimiento, es decir, no confrontado con su ideal atributo –o su atributo ideal- sino con su ser propio, está en movimiento y ello hace al enunciado falso.

Si en la parte inferior epistémica de la alegoría de la línea hallamos las ideas matemáticas y en la parte superior, las ideas éticas, resulta conjeturable que las ideas éticas están más vinculadas al bien, la unidad y a las instancias superiores que ordenan y jerarquizan al mundo inteligible. Lo anterior puede fundarse en el pasaje platónico (510b5 y 511a4) sobre la necesidad de las matemáticas de servirse de imágenes e hipótesis, con lo cual deben poseer relación al número, y consecuentemente, al espacio. Ello provoca que la inclusión del espacio o indeterminación, que requiere el número, haga inferiores a las ideas matemáticas por debajo de las *arjai*.

La *República*, entonces, prefigura la división y jerarquización y apunta, añadiendo a lo anterior la alegoría del sol, a una dimensión de Géneros Supremos que sólo podemos leer entre líneas.

El *Timeo*

Tenemos que las ideas que copia el Demiurgo se constituyen como el inventario de la Teoría de las Ideas. Pero cuando el discurso cosmogónico no se refiere a dicho inventario, sino a todo ese conjunto de ideas a imitar, entonces las ideas, en tanto modelo, se constituyen como Género Supremo: la idea de ideas abarca a las ideas concretas que se imitarán.

Pero dichas ideas son copiadas en un receptáculo, en una “tercera y difícil y obscura” realidad considerada como “nodriza de todo lo que deviene” (27d5-29b2). Con lo cual, su relatividad queda evidenciada por esta relación a la *jóra*, y así tenemos, otra vez entre líneas una nueva propuesta.

En consecuencia, el *Timeo*, dentro del marco cosmogónico, nos propone como Géneros Supremos la noción (o bien podríamos decir idea) de la idea/modelo y de la *jóra*, esta última como Género Superior donde es copiado aquel modelo. Además, obviamente, el Demiurgo o alma del mundo que ejecuta las funciones de copista juega un papel superior, aunque estrictamente hablando no podemos considerarlo un Género.

Del segundo género, el espacio, debemos aclarar que no es aquello de lo que se constituye una cosa, sino en lo que se constituye. Por esta razón podemos considerar que es un Género Superior y no una simple abstracción de un constitutivo real de la cosa.

Y por si fuera poco, -después de insinuar como Género común de las ideas/modelo, al Límite, en razón de su función cosmogónica sobre la *jóra*- el pasaje 35a1-b3 nos muestra el listado de ideas generales adjudicadas al alma: existencia, identidad y diferencia. Justamente los Géneros que se propondrán en el *Sofista*. Por tanto, en el *Timeo* tenemos preparado el listado de los Géneros para los diálogos posteriores.

El *Teeteto*

Este diálogo nos menciona los “términos comunes” o *koiná* como la posibilidad de que exista algo en común (*koinón*) entre los objetos de los diversos sentidos (184d7-e) En tal caso podemos considerar a los términos comunes como Géneros Supremos, pues además de que vincularían el mundo sensible con el inteligible, constituirían una respuesta estupenda a lo distintivo de la realidad, presentes en cualquier modo de ésta y capaces de ser atribuidos en toda cosa.

El listado de estas condiciones comunes que propone Platón (185a-d) es: la cualidad que el color y el sonido, por tanto, el ser; la cualidad de que cada uno de ellos es lo mismo que sí mismo, por tanto, la identidad o mismidad; la cualidad de ser diferentes de otra cosa, por tanto, la diferencia.

Estas primeras cualidades, sin duda alguna, preludian las consideraciones del *Sofista*. Pero además se agrega: la existencia, la no existencia, la unidad, la multiplicidad, la semejanza, la desemejanza, el número, lo par, lo impar, lo bello, lo feo, lo bueno y lo malo. De las seis últimas es cuestionable su pertinencia a lo distintivo de la realidad y su presencia en cualquier cosa de cualquier modo que ésta se presente. Es evidente, entonces, que bueno y malo, o feo y bello no pueden aplicarse simultáneamente a todas las cosas, al menos no en el mismo sentido. Sólo sería posible esta universal aplicabilidad si consideramos un modo de atribución análogo, o para decirlo en los términos actuales de Beuchot, de manera hermenéuticamente analógica. Es decir, con una interpretación que pone en juego la relatividad de la atribución o predicación y lo hace tomando en cuenta cierta igualdad sin dejar de notar la diferencia radical.

También hacemos referencia al trabajo de Philip, J.A., “The mégista géne of the Sophist”³, quien considera como “mégista gene” el listado del *Teeteto* 185c4 debido a su aplicabilidad universal. Sin embargo, la atribución universal, según las condiciones que hemos estudiado, debe darse entre los Géneros mismos y esto no parece ocurrir con los seis últimos del listado.

El *Sofista*

Los Géneros Supremos enunciados en este diálogo (248a-249d) son: el ser, la identidad, la diferencia, el movimiento y el reposo. Así pues, tenemos cinco Géneros Supremos y Platón expone sus relaciones mutuas (255e-256d) de este modo:

1. El movimiento es completamente diferente del reposo (es decir, ni es idéntico a, ni predicable de él).
2. Participa de la existencia.
3. Es diferente de la identidad. Si bien participa de la identidad, al ser idéntico a sí mismo.
4. Es diferente de la diferencia. Si bien participa de la diferencia, por ser diferente de la identidad y del reposo. A continuación, Platón se pregunta si el movimiento tiene otra relación con la existencia, además de la participación. Responde que es diferente de la existencia.
5. De modo semejante cabe afirmar que los otros Géneros:
 - a) no son la existencia, ya que están aparte por la diferencia; pero
 - b) son existentes por participar de la existencia.
6. El ser no es (no es idéntico a...) ninguna de las demás clases. Si bien es algo, a saber, él mismo, como el caso de la falsedad.

Podemos establecer a continuación las relaciones mutuas de las clases mayores, con sólo añadir, a las propias palabras de Platón, lo que hubiera podido agregar él mismo mediante un razonamiento similar:

1. Cada clase es diferente de todas las demás.
2. Ser, identidad y diferencia son predicables entre sí (aquí están los dos primeros trascendentales: ser, unidad y diferencia de otro, en su

³ Philip, J.A., “The mégista géne of the Sophist” Phoenix, 23, 1969, p. 89.

convertibilidad, como después los adoptará la metafísica tradicional) y también son predicables del movimiento y del reposo.

3. El movimiento y el reposo no son entre sí predicables si la predicación se hace unívoca, pero lo serán si utilizamos una predicación análoga.

Por otra parte, el *Sofista* (248e-249b) parece insinuar que otorga a las Ideas las características de movimiento, vida y pensamiento. Las Ideas siempre son objeto de pensamiento, pero no son pensamientos, ni pensadoras (eso se había rechazado desde *Parménides* 132b-c). Cuando decimos que las Ideas son objeto del pensamiento, queremos decir que son el contenido del pensamiento. No son pensamientos, si por éste entendemos el acto de un sujeto. Así que lo que Platón dice es que el *pantelóos ón* debe tener vida, pensamiento, movimiento, pero no que lo sean. Una cosa es decir que las Ideas o el ser son movimiento y otra muy distinta es decir que al ser conviene (predicar) el movimiento.

Por todos los antecedentes del *Fedón*, *República*, *Timeo* y *Teeteto*, Sciacca considera que la nueva propuesta de los Géneros Supremos no significa una doctrina diversa a la Teoría de las Ideas, sin embargo, aunque sólo considera la nueva versión como una profundización, nosotros creemos que sí es una nueva ontología, pues ha sustraído del ser los atributos parmenídeos, ha quitado de las Ideas los atributos parmenídeos o –como decíamos– las cualidades ideales. De manera que esta nueva ontología propone a los Géneros Superiores con la capacidad de reunir a las especies.

Pero si buscáramos un Género Máximo que a su vez reuniera a los Géneros, la culminación de todo en una sola Idea, instancia suprema que asuma y resuelva en sí a todas la demás, no la encontraríamos, pues no existiría. Cada imagen, cosa, Idea, Género tiene su identidad a sí y su diferencia con lo demás, tiene su existencia y su inteligibilidad, de manera que no podemos proponer ninguna noción superior que tenga como función la exclusividad de agrupar a todas las anteriores.

El *Filebo*

En este diálogo, el listado de los Géneros Supremos está compuesto por: el límite, lo ilimitado, la causa que provoca el maridaje de los dos anteriores, y lo mixto como resultado cosmogónico de dicho maridaje (23c-d).

Así, las cosas en tanto cosas están bajo el género de lo mixto. El resultado de lo mixto (25b) se considera como el devenir, de manera que el universo del devenir sí posee ser, lo cual implica incluir el ser en el devenir, o el devenir en el ser. Aquí se rompen las dicotomías parmenídeas y se vincula a lo sensible con lo inteligible.

Carta VII

En esta obra encontramos la Idea de "lo semejante" del mismo modo que en el *Fedón* (102b-c) las Ideas de "grandeza y pequeñez", ambas como propiedades de sus poseedores y, por tanto, Géneros aplicables a todas las realidades; pero nótese: Géneros de atribución relativa. Sin embargo, la diferencia con el *Fedón*, es que sus Ideas superiores necesitan un contraste y éste no se dará con claridad hasta que Platón introduzca el Género Superior de la "diferencia" en el *Sofista*.

De esta manera la Ontología de los Géneros Supremos otorgan, al reconocer la relatividad (o mejor dicho, la no absolutez) del ser, una mayor inteligibilidad al mundo. Inteligibilidad de sus relaciones, de sus limitaciones, de sus implicaciones y también, por qué no decirlo, de la recíproca implicación entre las cosas explicadas y sus instancias inteligibilizadoras.

Nuestra contribución de cinco nuevos Géneros Supremos al listado oficial.

Hemos afirmado más arriba que la posibilidad de una Ontología de los Géneros Supremos debe cumplir varias condiciones. Decíamos que, como teoría general, ontológica y epistemológica, debe ser omniabarcante, inclusive de sí misma; debe evitar la división de las ideas y su simultánea presencia en diversas instancia o cosas, es decir, cuando una Idea se participa no debe dividirse y no podemos concebir que una sola Idea se encuentre completa en dos cosas a la vez. También ha de evitarse el regreso al infinito conocido como el asunto del "tercer hombre"; además, no debe presentar a las instancias inteligibles y fundadoras sólo como universales mentales, sino como verdaderos y últimos constituyentes de toda realidad, es decir, como los logros de todo filósofo: abordar al mundo y ofrecer un entendimiento y una comprensión de éste. Y para terminar debe cumplir con que los vínculos hacia las cosas desde estas instancias no se limiten a

meras metáforas sobre la imitación. ¿Qué instancias pueden cumplir con todo esto?

Primera contribución, el nuevo Género Supremo: PARTICIPAR

En el *Parménides* 133a y ss. queda cuestionada la noción ontológica de la participación, puesto que no es explicable cómo una Idea conservará sus características parmenídeas si está parcialmente comunicada con las cosas particulares, o si está completamente presente en cada uno. Podemos vislumbrar que toda consideración sobre la inteligibilidad de las cosas en sus respectivas Ideas y que la realidad de las cosas a partir de sus Ideas sólo es posible por la Idea y la Realidad de la Participación.

Pero más allá todavía, las diversas configuraciones de las Ideas, cuando entre ellas son adecuadas ciertas relaciones y también cuando entre ellas y los ya mencionados Géneros Supremos se da un vínculo, sólo son posibles porque en todo caso y en todos niveles (el ontológico y el epistemológico, y por ende en el lógico) está presente el Género "Participar". Sin el participar no habría vinculación de Géneros entre sí, ni de éstos con las Ideas, ni de éstas entre sí, ni con las cosas. Participar es esencial, explicativo y fundante a cualquier realidad. El "Participar", en efecto, no trata a las Ideas o a los Géneros como cosas en vinculación con las cosas particulares, sino como características o cualidades de las cosas. "Participar" no es una cosa que se halle dentro de otra, sino una característica presente en toda realidad. Cuando afirmamos "en toda realidad", lo hacemos en el sentido más fuerte, pues inclusive "Participar" (nuestro nuevo Género Superior), obviamente participa del Género "Participar", de manera que no sólo es omniabarcante, sino también autocomprehensivo y autopredicativo.

"Participar" entonces se constituye como un Género Supremo porque cumple con todas las condiciones estipuladas para tal ontología. Pero además tiene un lugar prioritario porque constituye una acción y un criterio para establecer jerarquizaciones entre los diversos estratos de la realidad.

Segunda contribución, el nuevo Género Supremo: PRESENCIAR

Del Participar se sigue el Presenciar (*paraousía*). La relatividad de cada Idea, de cada Género, marcada especialmente por el Género de la

Diferencia, nos enseña que dicha relatividad es un hacer relación a otro y/o a otro modo de ser. Así, cuando una instancia de inteligibilidad se participa, también existe la vinculación hacia otro, y esta vinculación se constituye específicamente en Presencia.

"Presenciar", luego, es una realidad y una inteligibilidad que se halla presente en toda dimensión. Resulta omniabarcante y también autocomprendida. Se presencia el ser y la diferencia, el movimiento y el reposo, la participación y la identidad. Además se presencia cada Idea en cada uno de sus particulares y todo ello también se presencia al intelecto y a la misma Idea de intelecto.

Seguramente el lector se preguntará: ¿cuál es la diferencia entre "Participar" y "Presenciar"? Podríamos, siguiendo los ejemplos de Platón cuando compara la constitución de la realidad con el modo en que la gramática constituye a la realidad denominada inteligible, responder: Participar es un Género Supremo en el orden de lo genitivo, mientras Presenciar se encuentra en el orden de lo dativo, o más precisamente, de lo dado. Porque todo posee una Participación, todo posee una Presencia. Porque en todo hay una Participación que no puede dejar de ser intencional, dicha intencionalidad hace referencia a un contenido. Se requiere de "algo" que sea lo participado, y este "algo", independientemente del caso concreto, ejerce el "Presenciar".

Este Género Supremo, en consecuencia, nos enseña que -para decirlo de un modo típico en Filosofía- ser es ser vinculado.

Tercera contribución, el nuevo Género Supremo: PREDICAR

Si una de las dificultades centrales de la Teoría de las Ideas fue la autopredicación, y la distinción entre la atribución predicativa propia y la ideal, entonces es menester que el "Predicar" resulte también un Género Supremo.

Toda realidad es predicada. Al menos toda realidad lo es de sí misma en alguno de los dos sentidos que hemos mencionado, y en toda realidad se da el predicar de los Géneros Supremos, pues precisamente por ello es que son Supremos.

Predicar constituye el lado subjetivo de la parte objetiva del Participar; la síntesis, el encuentro de ambos polos del binomio clásico la hemos puesto en el Presenciar. De tal modo podemos hacer uso otra vez de la

hermenéutica analógica y decir: el Participar es a la ontología lo que el Predicar es a la epistemología, siendo ambos analogados secundarios de un analogado principal que, hasta ahora, es el Presenciar.

Cuarta contribución, el nuevo Género Supremo: la *OUSÍA*

Si en el *Timeo* existen tres Géneros Supremos, coincidentes cosmogónicamente con los tres primeros del *Filebo*, es de extrañarnos que Platón no cayó en la cuenta de que la *ousía* es la noción que más extendidamente cumple con las condiciones para pertenecer al grupo de los Supremos.

La *ousía*, y su condición génesis, deben añadirse al listado de los Géneros Supremos y quizá cuando resulten bien entendidas, deberán desplazar los Géneros Reposo y Movimiento que había propuesto Platón. Ya que si bien las cosas, las Ideas y los Géneros no devienen otros (a excepción del cambio radical de los ónticos), si devienen más sí mismos. Así, junto con la implicación de la génesis, podríamos dar como corolario de esta sección un Género Supremo más: el de la privación. Este resultaría ser una expresión más feliz que la platónica “diferencia”, “negación”, “no ser” o “movimiento de los diálogos tardíos”. Pero de todos modos creemos que ya está implícita en el Género que ahora proponemos, puesto que qué otra interpretación podría darse a la génesis *eis ousían* de la que ya tanto habíamos vituperado en nuestro libro anterior⁴.

Quinta contribución, el nuevo Género Supremo: ESCLARECER

No regresamos al lado del sujeto de la epistemología, puesto que Esclarecer es una acción que realiza el sujeto con aquello que le permite esclarecer. Ciertamente es que existe algo esclarecido, que si bien es esclarecido por el sujeto, esto lo hace con algo distinto de sí. Hay algo esclarecido porque hay algo esclarecedor que utiliza el sujeto esclareciente. Esta dinámica de sujeto y objeto alrededor de "lo esclarecedor" permite vincular

⁴ Aguirre, J., (2004) *Ética del placer, una versión de la hedoné en los diálogos de Platón*. México: Trillas (2da. ed.).

-a la vez que distinguir- los tres elementos aquí presentes. Porque existe tal vínculo es que proponemos "Esclarecer" como Género Supremo.

La responsabilidad ante lo anterior y futuras perspectivas.

Cuando afirmamos que el ser no posee la primacía que desde la tradición parmenídea se la había concedido, realizamos una seria fisura a la versión metafísica de un absoluto absolutamente absoluto. Si esta versión además tuvo su fusión con ciertas religiosidades y teologías de no poca importancia histórica en Occidente, entonces dicha fisura se vuelve grave. Sin embargo, con tal pérdida creemos que el absoluto absolutamente absoluto, es decir, la perfección y la plenitud, ha de concebirse de nuevas maneras.

Una de estas nuevas maneras, y no podría ser menos, conlleva mayor responsabilidad. Somos responsables de la plenitud tanto como de la contingencia. ¿A quién más si no podríamos responsabilizar? La plenitud, la absolutez, sólo resultan tales, y sólo son deseables como tales, desde nuestro anhelo radicado en la contingencia.

Ese dios de los filósofos que piensa, pero que no habla, no acepta ninguna relatividad. Y como no nos habla, entonces somos mayormente responsables de la escucha y de la interpretación de cualquier posible signo que dé luz a nuestra indigencia. Ese dios no acepta lo otro, lo distinto del ser, pero como tampoco habla, también repugna los otros modos del ser. Puestas así las cosas, queda claro que de todos los Géneros Supremos es el de "La Diferencia" el que mayor agrado nos proporciona. La Diferencia provoca la fisura en la absolutez, y con tal quebranto hace necesario el diálogo, el intercambio, la comunicación y el anhelo de comunidad. No es la fisura de una nada al modo sartreano que desplaza y suple la absolutez. La Diferencia es bien distinta de la nada, pues invita a la responsabilidad por y hacia lo distinto, motiva a la aceptación por y a la alteridad y las acciones del extraño, pide la tolerancia frente a la disidencia; y con todo ello enriquece la existencia.

Que el dios filosófico no sea absoluto es una verdad que de suyo se sostiene independientemente de nuestra "probable herejía". ¿Cómo podría resultar absoluto un dios que no habla, y que si en todo caso lo hace, lo realiza a través de la evidencia de los contingentes?

Diferir, limitar, moverse o reposar, así como el resto de los Géneros Supremos y en especial de los que nosotros hemos propuesto

(particularmente "presenciar" y "esclarecer"), implican la responsabilidad radical por los demás. El contenido específico de esta responsabilidad está en la atención hacia el otro. El otro apela a una atención concentrada, consciente de la diferencia y de la distancia no precisamente para salvar a éstas, sino para establecerlas en la justa proporción, que lo mismo valdría decir, en la Justicia de hallar a cada uno el lugar que le corresponde. Y nunca está por demás recordar que la Justicia es la medida mínima del Amor.

Universidad de Monterrey, México.

J. F. AGUIRRE SALA